

## La “nostridad” como categoría central en la figura *nos-otros* Aportes desde la antropología de Pedro Laín Entralgo.

Silvia Julia Campana

### 1. Introducción

La historia de nuestro país se ha forjado a través de encuentros y desencuentros, en binomios que parecen irreconciliables, los unos y los otros, *nos-otros* y ellos, significando facciones contrarias. ¿Qué nos lleva a hablar de *nos-otros*? ¿Qué implicancias tiene el *nos-otros*? ¿Quiénes son los que están con cada uno, los otros que conforman una pareja, una familia, un grupo, una comunidad, una sociedad, un país? ¿Qué significa intentar “mirar”, cobijar a la literatura argentina bajo la figura del *nos-otros* en vistas al bicentenario? La filosofía se gloria de ser “preguntona”, como un niño, y no siempre es fácil responder a las preguntas que se plantea.

Tratando de esbozar una respuesta recurrimos a un autor, Pedro Laín Entralgo, quien supo vivir en carne propia los sinsabores y des-encuentros sociales, amicales, políticos, ideológicos e intentó dar una respuesta desde la reflexión filosófica y encontró una figura, similar a la que hoy nos convoca, que es la de la “nostridad” o “nos-otredad”. Recorreremos con él parte de su búsqueda y trataremos de encontrar un fundamento a esta figura del *nos-otros* asociada a la categoría lainiana de “nostridad”.

Esta categoría se encuentra presente en su tratado sobre el encuentro humano y en un movimiento espiralado, culmina en una nostridad agápica, sí, de agápe asociado a la projimidad, iluminado en la “parábola del buen samaritano”, parábola que resume todas

nuestras actitudes frente al “otro” y que se ve iluminada al final en la categoría de “proximidad”.

## 2. Una vida en búsqueda

Pedro Laín Entralgo, español, fallecido en el año 2001, dedicó su vida a la medicina, a la historia, a la investigación. Supo vivir intensamente cada momento personal e histórico, inmerso en los acontecimientos de encuentros y desencuentros que signaron a su amada España durante largos años.

En medio de su actividad clínica y científica abrió espacio a la inquietud filosófica por el tema del “otro” y no contento con sólo vivir la experiencia del encuentro, tanto dilectivo como conflictivo, quiso ponerle palabras que *le y nos* explicaran cómo esta es una cuestión antropológica, central en la vida de cada hombre.

La obra central, fruto de su búsqueda de claridad, es Teoría y realidad el otro<sup>1</sup> escrita en dos tomos, de los cuales el primero –que lleva como subtítulo *El otro como otro yo. Nosotros, tú y yo-* es de carácter histórico y nos muestra hitos en el tratamiento de esta problemática. En el segundo tomo –*Otredad y proximidad-* desarrolla su propio pensamiento en torno al tema del encuentro, el amor, el nosotros, el prójimo, la esperanza. Allí afirma que,

(...) esta obra no trata de ser una Sociología general, y menos un proyecto de reforma de la sociedad objetivizada y objetivante en que hoy vivimos. Aunque yo tenga mi personal idea de lo que va siendo tópico llamar “el sentido de la historia”, la meta de este libro queda limitada a dos modestos propósitos: uno de orden teórico, ofrecer al lector una doctrina de la relación interhumana suficientemente amplia, comprensiva y actual; otro de

---

<sup>1</sup> Laín Entralgo Pedro, *Teoría y realidad del otro*, 2 Tomos, Revista de Occidente, Madrid 1961. En adelante citaremos en el cuerpo del trabajo TRO y página para el segundo tomo.

carácter práctico, moverle a reflexión acerca de su manera de convivir con las personas en torno (TRO, 11).

Se trata, entonces, no únicamente de leer y reflexionar de modo teórico sobre lo dicho por otros, sino de volver la mirada hacia nuestras propias vidas, lugar donde el encuentro con los otros nos va moldeando y haciendo más humanos pues como afirma Levinás, “lo humano del hombre es desvivirse por el otro hombre”.

Recorriendo sus escritos es indudable la influencia que en su formación han tenido filósofos como Zubiri –a quien llama “amigo”-, Ortega y Gasset, Scheler, Heidegger, y ha sabido usar la riqueza de éstos en el intento de iluminar los problemas de su tiempo histórico y de su persona. Su punto de partida es el hombre concreto, este que está frente a mí, *in-contra* –origen del término encuentro-, con el cual puedo o no relacionarme –de acuerdo a la respuesta que dé a su presencia-, y con el cual puedo tener un encuentro ya dilectivo, ya conflictivo.

Desde un análisis antropológico, donde se muestra lo dado a todo hombre, afirma que:

Carácter genitivo, carácter coexistencial, carácter dativo y expresivo, carácter compresencial e imaginativo de la existencia humana: he aquí, en orden sistemático, los principales supuestos de la relación -y, por tanto, del encuentro- que me descubre un análisis atento del ser que yo soy (TRO, 34).

Considera que todos estamos constitutivamente llamados al encuentro con el otro, porque estamos en estado de apertura a las cosas y a los otros pues “el ser de mi existencia es *Mitsein*, ser-con o con-ser, dirá Heidegger; el “con” existencialmente entendido, es una radical y originaria estructura (...) del ser” (TRO, 30). Y no se trata sólo de co-existir, también nos damos al otro y necesariamente “nos expresamos”, en un movimiento que va de dentro hacia afuera pues “yo soy-para, porque puedo expresar mi

propio ser, y comienzo a serlo expresándome, manifestando al otro que real y efectivamente soy” (TRO, 33).

Establecidos estos supuestos ontológicos junto a los psicofisiológicos –la realidad corpórea de todo hombre, que también está orientada a la comunicación exterior con “otro”- Laín elaborará su teorización sobre el encuentro y es en ella donde surge la categoría de *nostridad*, la cual está presente como una constante tanto en el momento inicial, como en el conclusivo del encuentro. Veamos como se da esto.

### 3. La *nostridad* como categoría antropológica en la dinámica del encuentro

Laín Entralgo incorpora esta categoría a lo largo de las distintas consideraciones en torno al encuentro, con distintos matices y grados de profundidad. En los momentos preliminares a todo encuentro el “otro” está frente a mí y sólo de la recíproca respuesta depende que se transforme para mí en un tú o en un él. En esta etapa prerresponsiva percibo al otro en su singularidad y “percibir al otro es adquirir conciencia de una realidad exterior intencionalmente expresiva” (TRO, 65), que se da en un acto psíquico unitario y complejo donde siento la vivencia del otro como “semejante”.

Afirma, entonces que,

La primera vivencia que otorga la percepción del otro, posee, pues, exquisita singularidad cualitativa: es la vivencia de una formal *nosidad* o *nostridad*<sup>2</sup>, fuerte en unos casos, tenue en otros, y más o menos teñida por el contenido de la ocasional expresión que el otro primariamente me es. [...] La vivencia subitánea, inmediata, irreductible, falible y específica que inicialmente nos otorga el momento físico del encuentro -sea éste afectante o no afectante, intramundano o dilectivo- es la *nostridad* (TRO, 64).<sup>3</sup>

<sup>2</sup> "El término *nosidad* (del latín *nos*) no expresa sino la primaria condición de 'nosotros' que el otro y yo poseemos; morfológica y semánticamente es más puro. A él correspondería en castellano *nosotridad*. (*Nosotredad* debe evitarse en este caso, porque refiere a una etapa ulterior del encuentro). Pero como el verdadero contenido de la vivencia inicial del encuentro es 'lo que nos es propio', o más precisamente lo nuestro, me ha parecido preferible adoptar el vocablo *nostridad* que, como se recordará, ya había sido usado por Ortega en *El hombre y su gente*". TRO, 64, nota N° 15.

<sup>3</sup> Laín deja en claro que en el encuentro la relación yo-tú o yo-él sólo se da desde la respuesta que damos al otro. En el origen la vivencia es la de un "nosotros" que, interpretamos, hace referencia a la común

Ya desde el acto de la percepción la *nostridad* debe entenderse primeramente como aquello común a la condición humana que incluye a ambos términos de la relación, como el "hogar" del encuentro. Pedro Laín toma esta categoría de la filosofía de Ortega y es considerada fundante ya en el momento previo a la respuesta, irreductible al yo o al tú. La *vivencia* de lo nuestro manifiesta desde su consideración ontológica, el carácter co-existencial del hombre y afirma Laín que:

Por el momento contentémonos observando que la reciprocidad activa con el otro va constituyendo de hecho el primer estadio de la relación interpersonal: el estadio del nosotros. Con él la primaria actitud de alerta ante el otro se convierte -amistosamente unas veces, enemistosamente otras- en mutua cooperación. 'La palabra vivimos -escribe Ortega- en su *mos* expresa muy bien esta nueva realidad que es la relación 'nosotros': *unus et alter*, yo y el otro juntos hacemos algo, y al hacerlo nos somos. Si el estar abierto al otro puede ser llamado altruismo, este sernos mutuamente deberá llamarse nostrismo o nostridad' (H.G., 138)" (y) "prácticamente veo el vivir del Otro dentro del ámbito de reciprocidad que es la realidad del Nosotros" (H.G., 187)<sup>4</sup>.

Establece así la *nostridad pre-responsiva*, el común ser hombres, la humanidad, es decir que descubro lo universal, lo común con este "otro" a quien voy a responder. La realidad se nos impone súbitamente, pero no es el "otro" como tal el que se nos presenta, sino un "nosotros" captado en un relámpago perceptivo, que se descompondrá en un tú o él y un yo con nuestra respuesta. Esta nostridad inicial, además de una vivencia, es también una probabilidad, de ahí que el autor se pregunte "*¿qué es lo que en rigor quiero yo decir cuando formal y genéricamente hablo de lo nuestro? [...]* Decir lo nuestro es declarar que alguna posibilidad es mancomunadamente poseída" (TRO, 85). Desde aquí se abre a la composibilidad, pues se descubre que "mis

---

humanidad que nos reúne.

<sup>4</sup> Laín Entralgo Pedro, *Teoría y realidad del otro. I Tomo*, ob. cit. pg. 237-252. Aquí el autor se ocupa especialmente de desgranar la filosofía de Ortega y Gasset respecto de la otredad.

posibilidades son efectivas composibilidades en cuanto tienen que existir psicológica y ontológicamente conjugadas con otras tan libres como ellas” (TRO, 81-82).

La dinámica del encuentro alcanza realidad fáctica cuando respondemos al otro. De acuerdo a la respuesta que demos Laín establece las relaciones de objetividad, de personabilidad y de proximidad, las tres selladas por el amor ya de contemplación, de co-ejecución o amor constante. No podemos ahora detenernos en el análisis de cada momento pero lo importante es destacar que la categoría "nosotros" se encuentra en todas las consideraciones pero ya como "nostridad dual", si el encuentro es objetivo (relación yo-él/ella) o "nostridad diádica" si es personal, integrada por *tú-yo*.<sup>5</sup> Afirma que:

La nostridad inicial -la vivencia de lo nuestro- se desgajará en "lo mío" (lo en mí hacia mí) y "lo tuyo" (lo en mí hacia ti), y el *nosotros* originario pasará de ser un indeciso *yo-y-tú* a ser *yo y tú*; si se quiere, *tú* (o *él*) ante mí (TRO, 96).

Una vez consumado el encuentro el mundo pasa a organizarse desde nuestro mundo y éste es *el hogar del encuentro*, como ámbito bipersonal generado entre dos. Es la *zona del "nosotros"*, en la cual subsiste un nosotros integrado por un yo y un tú, "porque siendo dúo o siendo diada, cada uno está referido al otro dentro del *nosotros* que juntos constituimos. Bajo forma del 'tú y yo', el nosotros subsiste" (TRO, 110).

#### **4. La nostridad como proximidad agápica**

El encuentro alcanza plenitud cuando el otro se transforma en prójimo para mí. Cuando el "otro" es objeto de contemplación no se establece un vínculo realmente personal pues guardo distancia con él. Por otra parte en el seno de la relación personal también anida

---

<sup>5</sup> "Llamo "dúo" a la relación intramundana con el otro; es decir, a la que entre nosotros surge como consecuencia de alguno de los cuidados que el vivir en el mundo nos ofrece o nos impone. Llamo "diada" a la relación genuinamente interpersonal con el otro; esto es, a la que entre nosotros haya podido crear cualquiera de las formas del amor personal (diada dilectiva) o el odio (diada conflictiva)" (TRO, 88).

el límite y el conflicto. El modo superior de encuentro necesita un paso más y afirma que “para que mi amigo real y verdaderamente me acompañe, es preciso que, además de ser mi amigo, sea mi prójimo” (TRO, 265). El amigo, la madre, padre, hijo, esposo, deben transformarse en prójimo para alcanzar plenitud, en un amor de totalidad, que los envuelva.

Cuando el autor da comienzo a su reflexión sobre el encuentro toma como punto de partida *la parábola del buen samaritano*. Allí ve reflejadas todas las actitudes que podemos tener frente a la presencia del otro, que nos interpela e irrumpe en nuestras vidas. Podemos pasar indiferentes frente a él, decir “no” al encuentro; o podemos detenernos, ayudar al herido, en un “sí” que vaya más allá de la ayuda inmediata y que nos conmueva hasta las entrañas, estableciendo la relación de proximidad. Esto incluye el creer en la necesidad del otro pues:

"Creyéndole": tal es la palabra clave. [...] El misericordioso comienza efectivamente a serlo *creyendo* en la menesterosidad del hombre con que se encuentra, *considerando real* esa menesterosidad. Como en el orden teológico la fe es el supuesto de la caridad, **en el** orden antropológico y moral la creencia -el acto personal por el cual atribuimos existencia real a lo no patente- constituye el supuesto de la relación de proximidad (TRO, 269).

El amor de confusión o constante determina esta forma de encuentro en la cual la *nostridad* también se transforma al crear un *hogar* que, en ese amor, se hace de modo conciente y libre, recogimiento generoso, ancho, pleno, hospitalario, en el cual se comparte una común esperanza de búsqueda del bien, de la verdad y de la belleza, e implica la donación desinteresada y gratuita. “La existencia por obra del amor se comprende a sí misma desde su fundamento como donación, regalo y gracia” (TRO, 298).

Debemos aspirar a la plena proximidad, en la cual la relación con el otro debe estar enmarcada en una perfecta convivencia con la humanidad entera, en la búsqueda del bien supremo. Es ágape, donación, hay un éxodo hacia el otro que se caracteriza por salir de nuestros propios egoísmos alcanzando un descentramiento de nuestro propio yo hacia el tú de la persona amada.

Mientras la persona sólo se pertenece a sí misma aún no es todavía ella misma; pero cuando sale de sí hacia el tú y tiene en más al otro que a ella misma, entonces recibe de manos del otro su verdadero sí mismo. [...] Según el tenor de este amor, existir es "recibirse", pues para llegar a ser "debo salir para encontrarme", gracias al amor-caridad el encuentro entre el "Yo" y el "Tú" da origen al verdadero "Nosotros", los que nos amamos.<sup>6</sup>

La *nostridad originaria* se ha transformado hasta dar lugar a esta *nostridad agápica* en la cual el encuentro alcanza plenitud y trascendencia. No es una categoría teórica, una explicación racional, sino experiencia de lo cotidiano, de lo que nos define como personas y nos conduce a la plenitud. Y, nos valemos de este texto de Avenatti en su comentario a la encíclica *Deus caritas est*, para afirmar que,

“Otridad” y “donación” de sí son, pues, dos caracteres constitutivos de la experiencia cristiana del amor, seas cuales fueren sus particularizaciones espacio-temporales. De ahí que pueda proponerse como requisito de todo amor pleno y maduro la máxima que el texto aplica a la participación en el sufrimiento ajeno, cuando señala que “para que el don no humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona” (DCE 34). En definitiva, sólo descubre el centro de sí y en consecuencia puede existir en plenitud y libertad quien acepta recibirse a sí mismo desde las manos y la mirada del Otro”.<sup>7</sup>

## 5. La nostridad como deseo de comunidad

<sup>6</sup> Mandrioni Héctor, *Cuatro nombres griegos para cuatro formas del amor*, Instituto de Filosofía del Derecho, Universidad Católica de la Plata, Febrero 2001, pg. 28.

<sup>7</sup> Avenatti de Palumbo Cecilia, *Deus caritas est. El eros y el ágape en el amor humano (DCE 8)*, UCA Facultad de Teología, Curso abierto de reflexión teológica, espiritual y pastoral, en prensa.



El recorrido que hemos realizado a través de la obra de Laín Entralgo ha intentado dar luz a la figura del *nos-otros* que nos convoca. Reconocemos en nuestra búsqueda un deseo de comunión con los otros que dé sentido y fundamento a nuestra lectura de la literatura argentina. Este *nos-otros* nos incluye a todos y podemos hacernos eco de las palabras escritas por el autor hace ya cuarenta años. Conocedor del interior de todo hombre nos dice hoy que:

"el hombre del siglo XX ha asistido -está asistiendo- a una decisiva crisis histórica del yoísmo, del nacionalismo y del clasismo. ¿Es posible reducir estos tres fenómenos a una raíz común? Pienso que sí. Los tres manifiestan, a mi juicio, *una íntima sed universal de comunidad humana*; bajo las catástrofes y los crímenes que la prensa diaria tan frecuentemente relata, los tres nos revelan que *el pronombre "nosotros" es una de las palabras claves de nuestra atormentada situación histórica*. El otro se nos ha hecho a todos realidad ineludible, y todos hemos adquirido viva conciencia de ello (TRO I, 338).

Estas palabras expresan entre la angustia y la esperanza un deseo profundo de vivir en plenitud este "nosotros", que abarca al tú y al yo, como remedio a tanta injusticia y dolor. En nuestro presente post moderno signado por el vacío de sentido y el individualismo, en búsqueda constante de salidas, de grietas en el muro, repercuten sus palabras como anhelo de encuentro, de plenitud.

¿Es esta una utopía? ¿No es real el desencuentro, el odio, la indiferencia, el individualismo? Quizás el autor y quien escribe seamos optimistas o inocentes, pero creemos que también es real el encuentro, el amor, la preocupación por el otro, lo comunitario porque también experimentamos que no seríamos los que somos sin los otros con los cuales conformamos comunidad. Es una frontera que debemos considerar viable, "es una frontera revolucionaria (...) Es el mundo sin enemigos. Esto no quiere decir un mundo de fraternidad o un mundo sin conflictos. Es un mundo fundado en la diferencia entre la extrañeza y la enemistad, entre diversidad y antagonismo, entre las pretensiones de algunos y las necesidades de todos"<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Cicchese Gennaro, Pensare l'intersoggettività. Contesto antropologico e provocazione teologica, pg. 314, en: Coda Piero-Tapken Andreas editores, *La Trinità e il pensare. Figure percorsi prospettive*, Città nuova, 1997.

Y quizás ya estemos transitando este camino fronterizo, establecido desde un nuevo diálogo, el que hoy nos convoca, entre literatura, estética y teología. Y mirar a la literatura argentina bajo la figura del *nos-otros*, enraizada en la realidad dialogal de la persona, en esta nostridad agápica a la que somos llamados, puede ser el nuevo lenguaje que nuestro tiempo necesita, como un lenguaje signado por la esperanza y movido por “el otro que es realidad ineludible”.



*IV Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos*  
[docentes@enduc.org.ar](mailto:docentes@enduc.org.ar) - [www.enduc.org.ar](http://www.enduc.org.ar)